

blime de María vagó por las regiones del infinito, absorta y arrobada en las grandezas del Señor.

Pocos dias despues emprendió su regreso á Nazareth. La casa de Zacarías pareció desierta con su ausencia: las palmeras de Aín, lánguidas y dolientes, parecieron gemir al alejarse de allí la immaculada Virgen.

Tres meses habia permanecido en aquella santa casa, llenándola de su gracia, y aromatizándola con el perfume de sus virtudes.

¡Como la flor del arrayán, habia derramado en torno suyo la suavidad de su fragancia!

“La paz sea contigo” habia dicho á Elisabeth al pisar los umbrales de su casa, y las mismas palabras habia proferido al abandonarlos.

¡Bendita paz, la que nos alcanza la protección y el amor de María!

Ella se conservará intacta en nuestras almas, á través de las vicisitudes humanas!

¡Ella enjugará nuestras lágrimas, serenando las tempestades de nuestro espíritu, en las amargas horas de la tribulación!

¡Ella, en fin, nos conducirá salvos al puerto de la eterna vida!

SUPLICA.

¡Oh María! por aquella ardiente caridad que sentiste, cuando atravesando las asperezas de un camino tan largo, como era el que separaba á Nazareth de Hebron, llegaste á la casa de Elisabeth

á prodigarla toda la ternura de tu alma; te suplico me concedas que yo imitadora tuya, solo tenga en mis lábios palabras de dulzura y de bondad, para que mis conversaciones sean siempre arregladas á la ley de tu Santísimo Hijo; para que la paz de espíritu no me abandone nunca. Amén.

CANTO III.

NACIMIENTO DEL MESIAS.

I.

Octavio Augusto, emperador de Roma,
Y señor de la estensa Palestina,
Le dió á Herodes el reino de Judea,
Hombre de alma satánica y mezquina,
Extranjero nacido en la Idumea.

Su padre fué Antipatro, y desde niño
Dió á conocer su corazon perverso,
Porque furioso como leon rujia
Cuantas veces el hado le fué adverso
O la suerte la cara le volvia.

De su sorda ambicion víctima fueron
El Sanedrin y sus setenta jueces,
Su esposa, la bellissima Mariana:
La sangre de Judá regó mil veces,
El sólio de la testa soberana.

A su suegra Alejandra dió la muerte,
Y al Pontífice sábio, al grande Hircano;
Y aun la sed devorando de esterminio,
Contra sus hijos levantó la mano,
Temiendo le usurparan su dominio.

En torno de su trono alzó el tirano
De roja sangre altísima muralla,
De cabezas ilustres formó un cerco,
No tuvo su ambicion freno ni valla,
Y al fango del horror se arrojó terco.

¡Hiena voraz, se alimentó de carne,
Y de crimen en crimen fué corriendo!
¡Un mar de sangre sus pupilas ciegan,
Cadáveres sin fin le van siguiendo,
Olas de llanto sus pupilas riegan!

¡Mas qué le importa al monstruo, que le im-
El llanto de la madre, de la esposa, [porta
De la hija, de la hermana, del hermano,
Si asegura la púrpura costosa
Que cubre los delitos del tirano?

Rey extranjero, teme que su cetro
Ambicionado por alguno sea;
Y por esto la sangre corre en rios,
Hasta que tiembla el pueblo de Judea
Y le proclama: "Rey de los judíos."

Se cumple de Jacob la profecía:
Rey extranjero se alza con sus leyes,
Usurpando la púrpura y el solio,
Cual se alzara la Roma de cien reyes
Sobre el poder del viejo Capitolio.

II.

Cirino gobernante de la Siria,

Dispuso que de término en tres días,
 Los que al César tributo le pagaran,
 Sin excepcion de edad ni gerarquías,
 En Belen de Judá se empadronaran.

Era el mes de Diciembre: en caravana
 Hombres, niños, ancianos y mujeres,
 A Belen de Judá se dirigian:
 Solas quedaron casas y talleres,
 Unos iban, y en tanto otros venian.

José el esposo casto de María,
 A las leyes sumiso y obediente,
 Conduciendo á su esposa en un pollino,
 Soportaba las burlas de la gente
 Y la ruda aspereza del camino.

Quién paga su ternura y su pobreza,
 En medio del unánime desprecio,
 Con la risa insultante del soldado;
 Quén les mira al soslallo, y quién mas necio
 Murmura al ver su rostro fatigado.

Mas sufridos los dos oyen y callan,
 Y en su grande humildad se reconcentran;
 Prosiguen su camino sin quejarse,
 ;Y llegan á Belen, donde no encuentran
 Un oscuro rincon en qué albergarse.

Entran á los mesones ;qué tristeza!
 Ni aun el súcio pajar está vacío:
 "Tarde llegais" les dice el mesonero;
 Y arrecidos de sed, cansancio y frío,

Andan de puerta en puerta el pueblo entero.

"Salgamos para el campo," José dice,
 Dios que á los astros señaló una ruta,
 Y que alimenta al pájaro tranquilo
 Bajo las hayas nos dará una gruta,
 Y entre las rosas nos dará un asilo.

Un tapete riquísimo de estrellas
 Derrama su azulada transparencia
 Cuando tristes al campo se encaminan,
 Y con las violas de exquisita esencia
 Los lirios á besar sus pies se inclinan.

Allí no hay hombres de sañuda cara
 Despreciando á los castos peregrinos,
 Ni lengua sin virtud que los denigre,
 Y rechace al que rige los destinos
 Con sus garras satánicas de tigre.

Allí está Dios en toda su grandeza
 Y sin la vil profanacion del oro,
 El murmurio lejano de las fuentes,
 Y los lirios silvestres poro á poro,
 Derramando perfumes á torrentes.

En medio de tan puras armonías,
 Y ya soplando el Noto, helado viento,
 Las ruinas de un establo divisaron:
 Dieron gracias á Dios, y en gran contento
 En aquellos escombros se albergaron.

Andan de puerta en puerta el pueblo entero. III.

Las doce de la noche eran en punto
 Cuando la sábia Omnipotencia quiso,
 En medio del silencio mas profundo,
 Hacer de aquel establo un paraíso,
 Naciendo en él para salvar al mundo.

La Virgen trasportada de alegría
 Le tributa en sus brazos mil caricias,
 Le calienta en su seno, le dá besos,
 Le dá de su ternura las primicias,
 Deja sus lábios en su frente impresos.

Rompe el velo que cubre su cabeza
 Y envuelve en él á su precioso Niño,
 ¡Oh! cuál quisiera púrpura de Tíria,
 Cual quisiera mullido y suave armiño,
 Y blanco lino de la rica Siria!

«¿Qué haré, Señor, te aclamaré, le dice,
 «O besaré amorosa tus mejillas,
 «O te daré dulcísimo sustento,
 «O caeré ante tus plantas de rodillas,
 «O arrullaré tu sueño con mi acento?»

José en tanto postrado de rodillas,
 Aquel cuadro divino contemplando,
 Arrobado en sus dulces embelesos,
 Su blanca manecita acariciando,
 Le dá besos, y besos, y mas besos.

¡Con qué santa ternura le contempla

Y cual quisiera en su pobreza suma,
 Ver arder en dorados pebeteros,
 El sándalo oloroso que perfuma
 Los palacios de reyes altaneros.

Si el duro belemita ver pudiera
 La gloria del portal desmantelado,
 A las plantas del Niño se arrojará,
 Porque en cada peñon abandonado
 Millares de querubes contemplara.

Mas ya amanece; con nevada gasa
 Cubre la aurora el estrellado cielo,
 Asoman ya del alba los fulgores,
 Cuando un ángel de Dios tiende su vuelo
 Y llega donde velan los pastores.

«Oid, les dice, mi dichosa nueva;
 «Buscad al Redentor qué hoy ha nacido;
 «Le hallareis sobre pajas reclinado,
 «Entre heladas escarchas adormido,
 «En un pobre portal desmantelado.»

Despiertan las zagalas y zagales
 Y en busca van del prodigioso Niño;
 Entonan en su honor dulces canciones,
 Y llenos de respeto y de cariño,
 Allí le ofrecen sus sencillos dones.

Vuelven cantando á sus humildes chozas,
 A través de los campos y llanuras,
 Y se oye del espacio en la alta flama:
 «¡Gloria, gloria al Señor en las alturas,
 Y paz al hombre que en la tierra le ama!»